

CAPERUCITA ROJA

CUENTO DE PERRAULT



AL PRIMEROS CUENTOS



IVÍA una vez en cierto villorrio, rodeado de espesos bosques, una lindísima niña, la más hermosa que os pudierais imaginar jamás. No cuentan las crónicas qué edad tenía, pero sí dicen que la niña nuestro cuento era chiquitina, tenía hermosos sol tanto, que daban envidia al sol. ¡Si y preciosos para que los en sol! ¿Pues y los ojos? A tos de cielo: era, y lo

La madre de esta chiquilla tan bonita, estaba, y se comprende, loca por ella; sin embargo, más loca aún se mostraba la abuelita, que no sabía qué hacer, ni qué caricias prodigarle para demostrar hasta qué punto adoraba a su nieta.

Siempre la colmaba de regalos y fué la abuelita, precisamente, quien le hizo una caperuza roja, sombrerito que le sentó tan bien a la nieta, sobre sus blondos cabellos, que todo el mundo dió en llamarla Caperucita Roja, hasta el extremo de que se dió en olvido su verdadero nombre.

Hete aquí que un día, cuando la niña llegó a su casa, tras haber estado jugando con sus amiguitas, encontró sobre la mesa de la cocina dos ricas tortas, acabaditas de sacar del horno.

—¡Oh, madrecita! ¡Qué tortas tan ricas!—exclamó la nena, al verlas.—¿Las has hecho para mí?

—No, Caperucita.

—¡Con lo que a mí me gustan!...

—Son para tu abuelita. Me ha hecho saber que está

repetió, alarmada, Caperucita Roja. —

le cuidado. Pero vas a ir a
de manteca.

para que



—Pues anda tú misma. Prepáralo todo en esa cestita y vete en seguida.

Caperucita Roja no se lo hizo repetir dos veces. Subiéndose a una silla, tomó la cesta que había encima de la mesa, colocó en ella las tortas y la manteca, bajó luego al suelo con todo cuidado, y dando un beso a su madre, salió de la casa.



U abuelita vivía en otra aldea, un tanto lejana.

Caperucita Roja, como niña que era, iba corriendo y cantando, aunque, eso sí, tenía especial cuidado en no agitar la cesta para evitar que se estropeará su contenido.

Hacía un ratito que caminaba, cuando al pasar por el bosque se encontró nada menos que al señor Lobo, hambriento como nunca.

—¡Quiero de gus-
—¡Quiero de gus-
—¡Quiero de gus-



SE FROTÓ LAS PATAS SATISFECHO

ir? Pues hasta aquel molino que se ve allá abajo, muy lejos, muy lejos.

—¿Y en el mismo molino vive tu abuelita?

—No, cerca de él. Exactamente, la primera casa de la aldea. Una que está solitaria y tiene la puerta verde.

El infame señor Lobo ya sabía lo que le interesaba. Se frotó las patas, satisfecho, se pasó la lengua dos o tres veces por el hocico, de puro gusto y, luego, mostrando los agudos dientes en una de sus sonrisas más hipócritas, manifestó:

—¿Sabes qué he pensado, Caperucita? Ir contigo a ver a tu abuelita. ¡Ujú, ujú! ¡Qué sorpresa va a tener!

—Pero, ¿te conoce?—interrogó, sorprendida, la nena.

—No, pero me conocerá en seguida que me vea. ¡Ujú, ujú! ¡Ya lo creo que me conocerá!

La inocente criatura que no podía adivinar la perfidia del traidor decidió finalmente:

—Bueno, pues vamos los dos a ver a mi abuelita.

—¡Vamos! Pero juntos, no—decidió pruden-

te que temía le viera alguna perso-

na del peligro que repre-

la abue-



SE FROTÓ LAS PATAS SATISFECHO

de la vuelta. ¡A ver cuál de los dos llega primero! ¡Ujú, ujú! ¿Te gusta?

—Mucho...—afirmó Caperucita Roja.—Pero, ¿vamos a tener que ir corriendo? ¿Sin coger flores ni ir en pos de las mariposas?

—No...—dijo el señor Lobo.—Yo sí tendré que ir corriendo porque mi camino es el más largo, pero tú no. Puedes ir entreteniéndote. Y aun creo que vas a llegar tú antes. ¡Ujú, ujú! Me voy en seguida.

Y echó a correr. Como habréis visto, el señor Lobo era un embustero de lo más redomado. Había hecho creer a la confiada Caperucita que su camino era el más corto, cuando en realidad sucedía todo lo contrario. Y no contento con esto, recorrió el atajo que escogiera, galopando con todas sus fuerzas. El muy ladino ansiaba llegar primero.

Entretanto, la niña se fué por el camino más largo, divirtiéndose; cogiendo avellanas al principio, luego yendo en pos de las mariposas y finalmente haciendo ramilletes con las flores que encontraba.

Al pasar, los leñadores la saludaban amablemente con la mano.



DIO 'DABAN' CHÓ A CORRER



OCO tiempo hubo de necesitar el señor Lobo, corriendo de tal guisa, para llegar a la primera casita de la aldea, donde, como sabemos, habitaba la abuela de Caperucita Roja.

Y así que llegó, dió una vuelta en torno de la casa, tanto para ver si podía entrar sin llamar, como para cerciorarse de que no había nadie cerca que pudiera interrumpirle en el terrible propósito que proyectaba. Y otra vez rió, de aquella manera tan ridícula, cuando comprobó que no se veía un alma por las cercanías.

El señor Lobo era muy astuto. Llamó débilmente, lo mismo que hubiera hecho una niña como Caperucita.

¡Toc! ¡Toc!

—¿Quién está ahí?—preguntó, desde dentro, la voz de la anciana.

—Soy tu nieta, abuelita;—respondió el señor Lobo, disfigurando su voz. — Caperucita Roja y traigo unas tortas y un botecito de manteca, que mi madre me ha dado para ti.

Si la anciana hubiese estado sana, con seguridad que presto hubiese advertido que aquella voz no era la de su nietecita, pero la pobre se encontraba en cama y un tanto enferma, por lo que no se dió cuenta de aquel

Así que repuso:



'DABAN AMABLEMENTE CON LA MANO

—¡Ah, muy bien! Entra. Levanta el pestillo y empuja la puerta.

El señor Lobo hizo lo que le decía y la puerta se abrió.

Sin perder momento, el feroz animal, se arrojó sobre la buena mujer y la devoró en menos que canta un gallo, pues hacía más de tres días que no probaba bocado.

Relamiéndose de gusto, fué el señor Lobo y cerró la puerta, tras lo cual colocándose la cofia de la abuela, se acostó en el lecho de ésta, para aguardar la llegada de la confiada nieta.

De lo sucedido sólo había sido testigo un gatito. Pero el pobre estaba tan asustado, que no pensó en avisar a nadie, sino en no moverse de debajo de la cama, donde se refugió cuando entró el señor Lobo.



PUEN raño después, llegó Caperucita Roja a la casita de su abuela. Ya ni se acordaba de su encuentro ni del juego que le propusieran. Como también hallara cerrada la puerta, golpeó en ella dulcemente.

¡Toc! ¡Toc!

—¿Quién está ahí?—dijo el señor Lobo en ton



DIÓ UNA VUELTA EN TORNO DE LA CASA

Si sería bruto el animalote, que no disimuló su ronca voz, con lo que el terrible gruñido causó un gran susto a Caperucita. Desgraciadamente, la pobre era muy confiada y supuso que su abuelita estaría acatarrada y que por eso hablaba tan fuerte.

—Soy Caperucita Roja y te traigo unas tortas y un bote de manteca que mi madre me ha dado para ti, —respondió. — ¡Qué voz tan ronca tienes, abuelita!—comentó luego. — ¿Estás acatarrada?

El señor Lobo comprendió que había cometido un error al hablar con su voz natural y por eso, cuando lo hizo de nuevo, dulcificó un poco el tono:

—Sí, hijita, sí. Pero, anda, entra. Levanta el pestillo y empuja la puerta.

Caperucita Roja lo hizo y, como la puerta se abrió, entró en la casa.

Al darse cuenta de que la confiada chiquilla ya estaba dentro, el señor Lobo se apresuró a ocultar la cabeza bajo el cobertor, de modo que sólo se le viera la cofia de la abuelita.

El gato escondido, que comprendió el peligro que corría Caperucita, soltó un triste maullido, pero la muchacha no comprendió lo que quería decir el animalito.

Así, pues, acercándose al lecho, la nena preguntó:

—¿Cómo te encuentras, abuelita?

Muy acatarrada — contestó el señor Lobo,



...Y LA PUERTA SE ABRIÓ

ando la voz cuanto pudo. — Anda, corre, cierra la puerta, que hace frío.

—¿Qué hago con esto que me ha dado mi madre?

—Ponlo todo encima de la artesana y vente a acostar conmigo, ¿quieres?

—Sí, abuelita.

Hizo Caperucita lo que le ordenaban y luego se apresuró a desnudarse, metiéndose en el lecho con la que creía su abuela.

Pero apenas se hubo colado entre las sábanas, quedóse pasmada al advertir cuán rara era su abuela aquella tarde. Y no pudo por menos de decírselo.

—Abuelita, ¡qué grandes tienes los brazos!—empezó.

—Es para abrazarte mejor, nenita, — contestó el astuto lobo.

—Abuelita, ¡qué grandes tiene las piernas!—continuó la niña, al poco rato.

—Es para correr mejor, hija mía.

Otra pausa, al cabo de la cual, comentó Caperucita:

—Abuelita, ¡qué grandes tienes las orejas!

—Es para oírte mejor, hija mía.

—Abuela, ¡qué grandes son tus ojos!—dijo al rato la niña.

—Es para verte mejor, hija mía.

Caperucita Roja, estaba extrañada cada vez más.

Tras otro silencio, volvió a decir:

—Abuelita, ¡qué grandes tienes los dientes!



¡TOC, TOC!

—¡Es para comerte mejor, Caperucita!

Y al punto que dijo eso, el péfido señor Lobo se arrojó sobre la asustada Caperucita Roja y se la comió.

MORALEJA

Jamás debéis prestar oídos a lo que os digan las personas extrañas que podáis encontraros por las calles, y mucho menos si es que pretenden halagaros en aquello que bien sabéis vosotros es obrar mal. Acordaos de Caperucita Roja y pensad que el que os habla es, a lo mejor, un Señor Lobo disfrazado.





LLAMÓ SUAVEMENTE... "TOC, TOC"

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



—ABUELITA, ¡QUÉ GRANDES SON TUS OJOS!



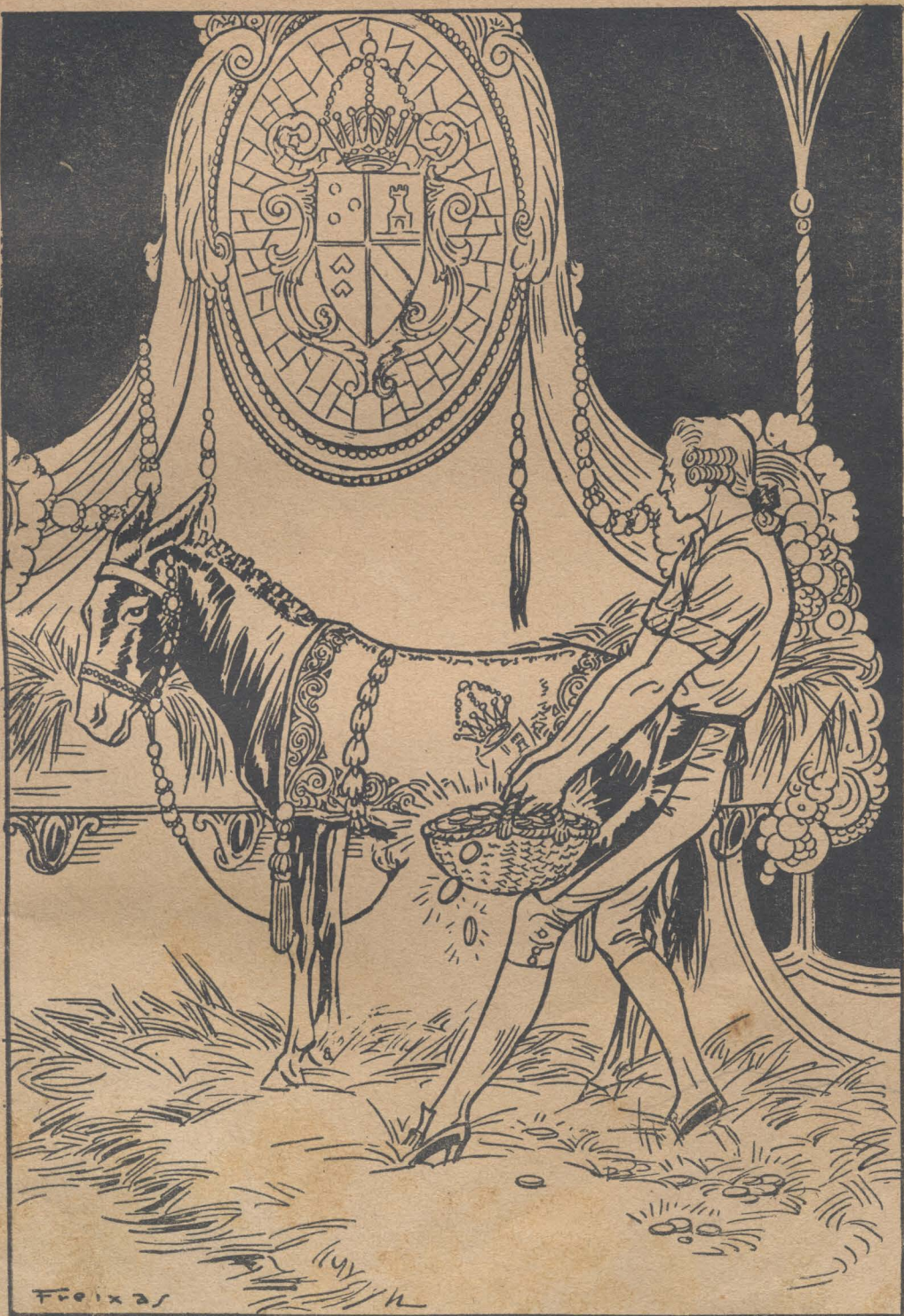
PIEL DE ASNO



RASE en esta ocasión un rey tan poderoso y amado de su pueblo, tan respetado por vecinos y aliados, que, bien puede afirmarse, era el más dichoso de todos los monarcas que por aquel entonces existían.

Para que esa felicidad fuese completa, el tal soberano había tenido el acierto de elegir para esposa, a una princesa que unía a su extraordinaria belleza, las más preciadas virtudes, de lo que resultaba que los reales esposos vivían en una unión perfecta.

Del matrimonio había nacido una hija dotada de tantas gracias y cualidades, que los soberanos desea-



SOLÍAN ENCONTRARLO ABUNDANTEMENTE CUBIERTO
DE MONEDAS DE ORO

ban incluso no tener más hijos, para poder amar solamente a ella.

La magnificencia, el buen gusto y la abundancia reinaban en el palacio del rey que os hemos presentado. Los ministros eran prudentes y hábiles en su delicada labor de regir el reino; los cortesanos, virtuosos y adictos al monarca; fieles y laboriosos, los servidores. Y las vastas caballerizas aparecían repletas de los más hermosos caballos del mundo, y estaban ricamente enjaezados.

Sin embargo, lo que más admiración causaba en los extranjeros que iban a admirar las caballerizas, no eran los soberbios corceles que allí estaban, sino que en sitio preferente de aquéllas, hallábase aposentado un soberbio asno, de enormes orejas.

No vayáis a creer que el jumento aquel estuviese allí por mero capricho.

Se trataba de un animal, que merecía tales y mejores distinciones. Poseía una rarísima virtud: todas las mañanas cuando los mozos acudían a renovar el mullico lecho de heno que tenía el animal, solían encontrarlo abundantemente cubierto de monedas de oro de todas clases.

Desgraciadamente, la felicidad nunca es duradera en este mundo.

Sucedió que la bondadosa reina fué atacada repentinamente por una grave enfermedad, tan maligna que no se le pudo hallar remedio, pese a los esfuerzos que hicieron los médicos más eminentes para ello. De modo que llegó a trance de muerte.

La desolación fué general.



CASI

—¡MORIR VOS, SEÑORA!

El rey, sobre todo, fué presa de la más extrema desesperación. Hizo votos y promesas en todos los templos del reino; ofreció su vida por la de aquella esposa tan querida... Pero dioses y hadas fueron invocados en vano: la soberana no mejoró.

La ilustre dama, sintiendo que se aproximaba su última hora, llamó a su esposo, que lloraba desconsoladamente a los pies de su lecho. Y cuando estuvo cerca de ella, le dijo:

—No toméis a mal, señor, que antes de morir, exija una cosa de vos...

—¡Morir vos, señora!—clamó el rey dolorido.

—Sí, bien veo que no tengo remedio. Y como yo no os he dado más que una hija, y el Estado os exigirá un sucesor para vuestro reino, es natural que debáis casaros nuevamente. Bien, quiero rogaros que si esto llega, en recuerdo de todo el amor que habéis tenido por mí, no cedáis a las exigencias de vuestro pueblo, hasta que hayáis encontrado una princesa más bella que yo. Prometédmelo así y entonces moriré contenta.

El soberano, como supondréis, accedió a lo pedido por la moribunda, y poco después, la pobrecita dejó de existir.

Nunca hubo marido alguno que diera mayores muestras de desconsuelo; llorar y gemir tanto de día como de noche, fué su única ocupación durante los primeros tiempos de su viudez.

Pero los grandes dolores no duran siempre, afortunadamente para los que han de soportarlos. Además, que en nuestra historia, intervinieron los altos digni



CASI SE DESMAYÓ AL ESCUCHAR TAN HORRIBLE PROPOSICIÓN

rios del reino, quienes fueron en corporación a rogar al monarca que contrajera nuevo matrimonio, puesto que ya había pasado algún tiempo de la muerte de la primera reina.

El soberano, ante esa proposición, les hizo saber la promesa hecha a su esposa, y les desafió a que encontraran una mujer que reuniera mejores virtudes que las de aquélla; pero el Gran Consejo no dió importancia al asunto y dijéronle que la belleza importaba poco, siempre que la nueva reina fuese virtuosa y diese hijos a su esposo. El Estado, le advirtieron, pedía príncipes para su seguridad, y aunque no ignoraban las virtudes que adornaban a su hija, ella, con seguridad, se casaría y tendría que marcharse al reino de su esposo.

Estas reflexiones hicieron cavilar al buen monarca, que decidió dejar a un lado su conveniencia, para atender a la de su pueblo.

Decidió entonces seguir las indicaciones del Gran Consejo y pidió que se le presentasen las princesas casaderas que había. Pero como tampoco podía olvidar su promesa y ninguna de ellas tenía las virtudes de la difunta reina, no se decidía jamás por ninguna.

Un día el monarca hubo de fijarse en su propia hija y descubrió que no solamente era bellísima y graciosa, sino que en todas las cualidades sobrepujaba a la propia reina, su madre. Y esto hizo perder al rey el buen juicio de que tantas muestras diera.

Cierta mañana, al encontrársela paseando por el jardín, le declaró su propósito de casarse con ella, puesto que era la única que podía relevarle de la promesa que hiciera.



PARTIÓ EN UN LINDO CABRIOLÉ

La joven princesa, que era un dechado de virtudes, casi se desmayó al escuchar tan horrible proposición.

Apenas le pasó el estupor, arrojóse a los pies del rey, su padre y le conjuró, con todos los argumentos que pudo hallar en su desesperación, que no la obligara a casarse con él.

Pero el rey no se dejó convencer.

—¿Te rebelas a mi voluntad? — clamó el monarca.— Pues ya no suplico, ¡jordeno! Y te mando que te prepares a obedecer mi deseo.

La princesa no podía replicar.

Así que, ocultando el gran dolor que sentía, abandonó el jardín.

La afligida princesa no imaginó cosa mejor para salir de aquel terrible trance, que ir a contar sus cuitas al Hada de las Lilas, que era su madrina, y moraba en un lugar cercano. Al efecto, aquella misma noche, partió a verla en un lindo cabriolé que tiraba un gran carnero.

El Hada de las Lilas amaba entrañablemente a su ahijada. Como hada que era, estaba perfectamente enterada de todo lo que sucedía, y así se lo dijo:

—Pero no has de pasar el menor cuidado—agregó el hada,—como hagas fielmente lo que he de aconsejarte. Sin necesidad de contradecir a tu padre, podrás evitar tener que casarte con él.

—¡Explícamelo, hada querida!

—Bastará que le digas que, para satisfacer un capricho que tienes, es preciso que te compres un vestido color del tiempo. Claro es que ni con todo su amor ni su poder podrá realizar ese imposible.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



—EXPLICAMELO, HADA QUERIDA

La solución pareció admirable a la princesita. Así que dió efusivas gracias a su madrina y se apresuró a regresar al palacio.

Al día siguiente comunicó a su padre lo que el hada le había aconsejado y aseguró que, en modo alguno, consentiría en la boda si antes no recibía el vestido color del tiempo.

Feliz el rey con la esperanza que las palabras de su hija parecían dar a entender, decidió complacer el difícil antojo, empleando todos los medios que su real poder le concedían. ¡Si es mala consejera la testarudez!

Reunió a los mejores tejedores y modistas y les encomendó la confección del vestido, advirtiéndoles que si no lo ejecutaban exactamente, les ahorcaría a todos. Qué miedo ¿verdad?

Afortunadamente, para los operarios, no hubo necesidad de llevar a cabo la amenaza. Los tejedores y modistas se afanaron tanto, que al segundo día, estaba terminado y a punto el deseado vestido. Y ni el mismo cielo ofrecía un azul más bello, cuando está ceñido de nubes de oro, que el que mostró el dichoso vestido cuando fué extendido ante los ojos del rey y de la princesa.

Ante este hecho inesperado, la pobre princesa quedó muy apurada.

Aquella noche se dirigió a su madrina, la cual estaba tan sorprendida como su ahijada, de que se hubiera podido dar cima al difícil trabajo. Esta vez, el hada aconsejó a su ahijada que pidiera ahora un vestido del color de la luna.



L monarca, que no estaba dispuesto a negar nada, volvió a reunir a tejedores y modistas, y les encargó la confección del vestido que su hija pedía. Y como la vez anterior, al día siguiente presentaron al soberano el vestido color de luna, lo cual si bien llenó al rey de gozo, dejó muy contristada a la pobre princesa, que nuevamente acudió a su madrina, el Hada de las Lilas.

Ella le aconsejó esta vez que pidiera un vestido color de sol, diciéndole que con toda seguridad no podían ejecutarlo los diestros operarios del rey.

Pero al otro día, pese a la confianza de la princesa y su madrina, el vestido fué confeccionado. Y cuando se lo presentaron al rey, todos los que lo vieron, quedaron deslumbrados por el brillo que despedía la prenda.

¡Imaginaos el estado de ánimo de la princesa! Confusa y desconcertada corrió nuevamente al lado de su madrina, quien, encolerizada, decidió:

—Lo que es esta vez voy a poner el indigno amor de tu padre ante una terrible prueba. Le creo cada vez más obstinado en realizar ese matrimonio, que tan próximo debe creer ahora. Sin embargo, estoy en que va a quedarse muy desconcertado, ante la nueva demanda que te aconsejo le hagas. Pídele esta vez la piel de ese asno que ama con pasión y que provee tan profusamente a todos sus gastos. Anda, ve en seguida, a decirle que desees la piel del asno.



TODOS LOS QUE LO VIERON QUEDARON DESLUMBRADOS

Feliz la princesa de encontrar un medio para eludir el capricho de su padre, se apresuró a pedir al rey la piel del asno. Éste se quedó muy sorprendido ante tal demanda, pero decidido como estaba, no vaciló un momento y el animal fué sacrificado y su piel entregada a la princesa.

Y ya iba a desesperarse, cuando acudió en su auxilio el Hada:

—¿Por qué te pones así, hija mía?—dijo al verla mesarse los cabellos y maltratar sin piedad su hermoso rostro.—No será menester que te cases. En lugar de eso, envuélvete en esta piel, sal del palacio, y echa a andar por esos mundos, hacia donde la suerte quiera conducirte. Cuando todo se sacrifica a la virtud, los dioses saben recompensarlo. Ve; yo tendré cuidado de que tu equipaje te siga por todas partes. Adonde quiera que vayas, tu guardarropa con vestidos y alhajas seguirán tus huellas. Te cedo mi varita de virtudes; golpeando con ella el suelo, cuando tengas necesidad de algo, al punto aparecerá a tu vista. Y ahora apresúrate; parte en seguida.

La princesa abrazó mil veces a su madrina, rogándole que no la abandonara. Después de haberse ennegrecido el rostro con hollín, envolvióse en la asquerosa piel, y salió del palacio sin que nadie la conociera.

La desaparición de la princesa causó en la corte la mayor sensación. El rey, que había preparado una fiesta magnífica para celebrar los esponsales, estaba desesperado. En busca de su hija hizo salir más de cien guardias y un millar de mosqueteros; pero el Hada de las Lilas,



Y SALIÓ DEL PALACIO SIN QUE NADIE LA CONOCIERA

que protegía a la fugitiva, la volvió invisible incluso a los ojos más perspicaces.

Y la princesa no fué hallada.



A princesita no dejó un momento de caminar. Y así fuése lejos, muy lejos, buscando en todas partes dónde quedarse.

Pero si por caridad no le negaban la comida, la veían tan grasienta y sucia que nadie la quería.

En su eterno andar, la princesa llegó a una hermosa ciudad, a cuyas puertas había una alquería. Su dueña necesitaba de un zagalón para cuidar de los pavos y limpiar las gamellas de los cerdos. Aquella mujer, viendo a la viajera tan sucia y envuelta en una piel de asno, le propuso entrar a servir en su casa, lo que la pobre aceptó encantada, pues estaba rendida de tanto caminar.

Arrinconada en el más oscuro lugar de la cocina, la desdichada hija del rey, fué objeto durante los primeros días, de las chanzonetas y burlas de los mozos de la casa, a causa de la piel de asno que llevaba y lo repugnante que con ella aparecía. Finalmente, se acostumbraron a verla y la dejaron en paz, y como la pobre se mostraba tan solícita en sus obligaciones, el ama de la alquería la tomó bajo su protección.

La princesita, cuando estaba a solas en su cuarto, por medio de la varita mágica de su madrina, hacía aparecer los mejores vestidos y despojándose de la piel del asno, se colocaba, ya un vestido, ya otro, entretenién-dose en admirar ante el espejo, su graciosa figura.



SUCEDIÓ que un día de fiesta en la que Piel de Asno se había adornado con su vestido color de sol, llegó a la alquería el hijo del rey del país, que quiso descansar un rato en la casa, de regreso de una partida de caza.

El príncipe era joven, hermoso y gallardo. Tenía tanto el amor de los reyes, sus padres, como el de los pueblos en que reinaba. Los habitantes de la alquería le ofrecieron una merienda campestre, cosa que aceptó complacido. Y después dedicóse a recorrer la casa y los corrales.

Yendo de un lado para otro, dió con un sombrío corredor, a cuyo extremo había una puerta cerrada. La curiosidad le hizo aplicar el ojo a la cerradura, y quedó petrificado al descubrir en semejante sitio a la princesa, cuya hermosura quedaba realzada por el rico vestido que llevaba. Por el lugar donde se hallaba y por el aire noble y modesto que tenía, el príncipe creyó estar en presencia de una diosa.

Fué con pesar que abandonó aquel pasadizo sombrío y oscuro. Al punto quiso saber quién era la persona que

habitaba aquel cuchitril. Y le contestaron que se trataba de una fregona, llamada Piel de Asno, a causa de la piel con que iba vestida. Y añadieron que andaba siempre tan sucia y grasienta que no había quien la mirara ni le hablase. Y que si estaba en la casa era por piedad y para que cuidase los animales, especialmente de los pavos.

A pesar de estos informes, el joven príncipe partió hacia el palacio de su padre más enamorado de lo que podáis imaginaros de la joven que había visto y se arrepintió de no haber llamado a la puerta de su cuarto.

Prometióse volver en la primera ocasión, pero desgraciadamente, esa misma noche el príncipe cayó enfermo de amor, llegándose a temer por su vida. En vano fueron convocados los mejores médicos del reino y se emplearon toda clase de medicinas: el enfermo no mejoraba.

Finalmente lograron darse cuenta de que el príncipe sufría un hondo pesar y su madre, llena de ternura, le pidió que le hiciera saber lo que le atormentaba, pues si él moría, le seguirían sus padres.

—Pues bien, madre; voy a obedeceros, — contestó el príncipe con voz débil.—No voy a poner en peligro dos vidas que tanto quiero. Madre mía, lo que deseo es que Piel de Asno me haga un pastel y que así que esté hecho, me lo traigan.

La reina quiso saber quién era Piel de Asno. Y uno de los oficiales del príncipe contestó a la pregunta real:

—Se trata, señora, del animal más feo después del lobo. Un ser que se cubre con una piel negra y grasienta, y cuida de unos pavos.



...Y APARECIÓ LA JOVEN RADIANTE DE HERMOSURA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LA CURIOSIDAD LE HIZO APLICAR EL OJO A LA CERRADURA

—Bien, no importa—declaró la soberana.—Por lo visto mi hijo, al regresar de caza, habrá probado sus pasteles. Es un capricho de enfermo... Así que ordeno que Piel de Asno le prepare inmediatamente un pastel.

Piel de Asno fué llevada al palacio, donde se le ordenó que preparara su mejor pastel para el príncipe enfermo. Ante todo, se encerró en un cuarto y después de quitarse la fea piel, se peinó y se puso un hermoso vestido, tras lo cual se puso a preparar el pastel. Este estuvo listo en pocos minutos, pero, dentro de él, sin que ella lo notara, habíasele caído una hermosa sortija que adornaba uno de sus dedos.

El príncipe, al recibir el pastel, se puso a comerlo con avidez y de pronto, a punto estuvo de atragantarse con la sortija. El hallazgo le hizo olvidar la golosina y se puso a mirar la diminuta joya, entrándole enormes deseos de ver a la dueña del anillo.

Pero sabía que no le complacerían si solicitaba entrevistarse con ella, y tampoco se atrevía a decir lo que había visto a través de la cerradura, temiendo que se burlaran de él y le tomaran por visionario...

En fin, todas estas ideas le atormentaban a la vez y de ello resultó que la fiebre le acometió de nuevo, y los médicos, no sabiendo ya cómo remediarle, comunicaron a la reina que el príncipe estaba enfermo de amor.

Esta vez, la desconsolada madre fué al lado del enfermo, en compañía del rey.

—¡Hijo mío, mi querido hijo!—le dijo el monarca afligido.—Dinos el nombre de la mujer que tú amas. Te prometemos dártela así sea la más vil de las esclavas.



A PUNTO ESTUVO EL PRÍNCIPE DE ATRAGANTARSE

—Padres míos: en ningún momento he osado contraer un matrimonio que no fuera de vuestro agrado—respondió el príncipe enternecido por el dolor de sus padres.—Y en prueba de esto, os prometo que me casaré con la mujer a quien venga bien este anillo, cualquiera que sea su condición, pues no creo que la poseedora de semejante dedo sea una rústica aldeana.

El rey y la reina tomaron la sortija, la examinaron curiosamente, juzgando, lo mismo que el príncipe, que semejante anillo no podía pertenecer más que a una mujer, hija de buena casa.

Abrazó el rey a su hijo, pidiéndole que se curase y tan pronto salió de la estancia dictó las órdenes oportunas.

A poco sonaron los tambores y trompetas, publicando un bando en el que se hacía saber que la mujer a quien viniese bien aquella sortija, se casaría inmediatamente con el heredero del trono.

Las princesas fueron las primeras que llegaron; luego, las duquesas, marquesas y baronesas; pero fueron vanos todos sus esfuerzos para colocarse la sortija: a todas resultó chica. Fué menester permitir que hicieran lo mismo las costureras, y como esto no diera resultado, fueron llamadas las camareras, cocineras, pastoras y hasta porquerizas, sin que se hallara ninguna que pudiera calzarse la sortija.

—¿Se ha hecho venir a Piel de Asno, la que me hizo un pastel estos últimos días?—preguntó entonces el príncipe.

Todos quedaron asombrados y le dijeron que no se



PIEL DE ASNO FUÉ LLEVADA AL PALACIO

les había ocurrido, porque era muy sucia y repugnante.

—Que se le vaya a buscar en seguida—dijo el rey.—No quiero que se diga que ha habido una excepción.

Al punto se cumplió la orden, pero los emisarios que fueron a buscarla, no disimularon la risa que les producía que acudieran a ella.



ESDE que la joven supo que andaban en busca de un dedo para la sortija de esmeralda, una pequeña esperanza la había animado a peinarse y vestirse más cuidadosamente que nunca y a ponerse su justillo de plata y su falda de plateado encaje, salpicado de esmeraldas.

Tan pronto oyó que llamaban a su puerta para llevarla junto al príncipe, se envolvió en su piel de asno y abrió la puerta. Los emisarios se burlaron de ella, diciéndole que el rey la llamaba para casarla con su hijo, y luego, entre risas, la llevaron a palacio y a presencia del príncipe. Éste, al verla, quedó tan asombrado, que no osó creer que fuera la misma que viera tan elegante y bella.

¡Pero cuán grande fué la sorpresa de éste, del rey y de la reina, así como de todos los chambelanes y demás cortesanos, cuando de debajo de aquella piel negra y asquerosa, salió para probarse el anillo una delicada ma-



Y EL HADA DE LAS LILAS DESCENDIÓ DE ÉL, EN UN CARRO

